

Mi ideal

El mundo es un espejo de nuestras almas. Si miramos a nuestro alrededor no estamos más que mirándonos a nosotros mismos. Aquello que vemos nos desagrada, pero no tenemos la valentía de admitirlo. Nadie quiere asumir su culpa. Nos encontramos rodeados entre sombras que nos impiden alcanzar la luz. Es, de cierta manera, como el mito de la caverna. Nuestras ataduras nos impiden visualizar lo que sería un mundo acendrado, porque es una realidad ignota para nosotros. Unas ataduras llamadas ambición y soberbia, que ennegrecen nuestra alma ennegreciendo el mundo que compartimos.

Utilizamos a nuestro entorno como lienzo, y nosotros como artistas tendemos a pintar exclusivamente con una gama de grises y negros. Todos sabemos que si la obra no es buena no es culpa del lienzo, sino del artista. Desnudo ante nosotros se viste con el tejido del que le dotamos, pero pasa frío si el tejido no es lo suficientemente resistente. Su escualidez hace que sus huesos cada vez más frágiles se transparenten, y no somos capaces de brindarle el bastón que necesita por la pusilanimidad que mueve a la sociedad moderna.

Hay quienes catalogarán a esta introspección como pesimista, y es que la fina línea que separa al pesimismo de la racionalidad frecuentemente hace que ambos conceptos sean utilizados de manera intercambiable. La verdad duele, siempre ha dolido. Pero más duele enfrentarse a ella. Si deseamos construir un futuro prometedor debemos empezar con los cimientos del presente. El único yeso que lo mantendrá con vida es el cambio, pero el cambio no existe si la verdad no se acepta. Yo por ello elijo reformar una verdad que me desagrada antes que vivir atrapado en una mentira infausta. Elijo ser el arquitecto del mundo hoy para poder disfrutar de su hospitalidad mañana.

Mis pensamientos iniciales giraban alrededor de concluir aquí. Rellenar una de las hojas y dejar la otra en blanco; manchar la mitad del lienzo y dejar la otra mitad a disponibilidad de los artistas del futuro. Después me di cuenta de que dejarlo en blanco sería dar una nueva oportunidad con el mismo trágico desenlace. Desde siempre nos han dicho que somos quienes escribimos la historia de nuestras vidas, pero lo que no nos dicen es que también escribimos la historia de la de los demás. Si manchamos nuestro lienzo manchamos el lienzo del prójimo. No me puedo arriesgar a dejarlo en blanco para que vuelva a ser pintado de negro. Me veo en la obligación de ser yo quien maneje el pincel. Nos dieron tan solo un lienzo, y si lo manchamos demasiado, nos arriesgamos a dejarlo manchado para siempre.

Yo me considero un fiel discípulo de la filosofía del pequeño cambio. Un éxito pequeño estimula a una concatenación de éxitos subsecuentes, mientras que un éxito a mayor escala puede ser visto como motivo para cesar en la búsqueda del cambio. Ahora bien, todo depende de qué escala utilicemos para medir la magnitud del cambio. Los parámetros que rigen mi escala encuentran

fundamento en tener que haber navegado cada pequeña capa antes de poder solucionar el problema mayor. Cuando me enfrento a una cuestión que he de resolver pienso en ella como una muñeca rusa, solo que en vez de ir de más grande a más pequeño, lo hago a la inversa. Me cercioro de mantener pulcro mi propio entorno antes de pretender erradicar la sordidez de nuestro mundo.

¿Quiero eliminar el hambre mundial? Por supuesto. ¿Quiero instaurar la paz global? Evidentemente. ¿Quiero diseñar los planos de un nuevo mundo y construirlo desde cero? Sí. Pero de qué sirve querer si estos deseos se manifiestan únicamente con palabras fútiles. Si quiero enfrentarme al hambre mundial primero tendré que ayudar en comedores sociales y asegurarme de que las personas a mi lado no pasen hambre. Si quiero velar por la paz global antes tendré que detener una pelea entre amigos o censurar un comentario racista. Si quiero construir un nuevo mundo primero tendré que construir un nuevo yo. Antes pensaba que ser líder es ser el más fuerte. Ahora me doy cuenta de que ser líder es ser el prosélito con la mayor predisposición. No es líder quien manda, sino quien cree y quien lucha por sus creencias. Yo lucho por transformar el mundo, pero si no lucho por transformar mi entorno no creo en mi causa. Qué valor tiene mi lucha por apaciguar la miseria que viven personas en otra parte del mundo si no soy capaz de mitigar la miseria que circunvala a mi alrededor.

Necesité mucho tiempo para entender como quería que mi mundo ideal fuese. Pensé en aquellas organizaciones benéficas a las que había ayudado, aquellas competiciones a las que había asistido para promulgar iniciativas sociales que tuvieran un impacto genuino, y a aquellos amigos de otros países y centros educativos a los que tuve que enseñar fundamentos básicos de matemáticas y física porque las condiciones de su día a día no les permitían centrarse en sus estudios. Entre tanta elucubración eventualmente llegué a la conclusión de que la necesidad de ayudar es lo que dictamina la negrura de nuestro mundo. Solo acariciaremos la utopía por la que velamos cuando nuestra ayuda no sea imprescindible para garantizar la subsistencia del resto. Habremos triunfado cuando el ofrecer ayuda no sea un gesto que hagamos con lágrimas en los ojos, sino con una sonrisa en nuestro rostro. Pero para ser protagonistas del mañana primero hemos de ser extras del presente. Ahora yo me limito a centrar mis esfuerzos en mejorar mi entorno, pero en futuro quiero emprender iniciativas a mayor escala con gente que no necesariamente sea la más fuerte, pero sí la más dispuesta. Quiero amalgamar mi interés por la ingeniería con mi pasión por la literatura para seguir haciendo eco del cambio pero con soluciones reales. Quiero un mundo que sea espejo de mi alma, y para ello quiero embarcarme en un recorrido que la purifique cuanto esté a mi alcance. Ese es mi ideal.